

la cumbia villera, que diseña un orden de cosas doblemente polar: masculino, de un machismo desbordante, y popular, o mejor dicho, "anticheto". Esto lleva a que para muchas hinchadas, a pesar del racismo y la xenofobia intolerables que se diseminan contra la hinchada de Boca, la reivindicación de la condición de villeros se considere una señal positiva. Ser villero deja de significar el estigma, la marginación, y se vuelve pura positividad. Porque ser villero, en este paradigma, es sucesivamente tener más aguante, no ser "cheto" y ser más macho. O todo eso junto a la vez.

TERRITORIOS Y POLICÍAS

Los hinchas se apropian de los espacios. El primero de todos, obviamente, es la cancha. El estadio es una zona liberada. La entrada es el último espacio del otro, de la norma y la represión. Los cacheos, los vejámenes de la policía, las incomodidades terminan siendo vistos como ritos de pasaje que, una vez cumplidos, habilitan el ingreso al espacio que es propio y que nadie puede invadir. Ni la hinchada contraria ni por supuesto la policía, que se refugia en el último escalón, cerca de la salida, por si es preciso huir...

No solo está prohibida la invasión por parte de los hinchas contrarios, sino también la entrada de los medios de comunicación y los policías. En el caso específico de la policía, puede haber algunos agentes apostados en ciertos sectores de la popular, pero estos no pueden ingresar en grupos muy numerosos y ubicarse, por ejemplo, en el centro de la tribuna. La apropiación significa ineludiblemente una humillación. Esto sucedió hace unos años en el estadio mundialista de la ciudad de Mar del Plata, cuando un

grupo importante de policías ingresó en la popular (sin un motivo aparente), donde se ubicaba la hinchada de River, para expropiar una de sus banderas. Por supuesto que esta doble profanación provocó la reacción inmediata de los hinchas de River, que trabaron con los policías una lucha por la recuperación de su honor.

Pero también existen espacios mayores, como el barrio. El territorio que rodea a la cancha propia se piensa como un espacio propio, que incluye sus calles y sus paredes. Esto es visible aun en el caso de hinchadas nacionales—River y Boca, por ejemplo—, que a pesar de su *desterritorialización*, porque toda la nación es suya, también marcan un espacio barrial que no puede ser invadido. Para Garriga Zucal, los miembros de la hinchada se enfrentan con los adversarios que invaden el territorio que ellos consideran que les pertenece. De la misma forma, suponen que la invasión del territorio adversario es una muestra de superioridad. Por esto deciden invadir el territorio contrincante a través de una práctica que ellos denominan "caminar".

La invasión del territorio contrincante para "los pibes" debe ser una acción de tránsito por el barrio que pertenece a la otra hinchada. El barrio es invadido solo si la "banda" camina a través de este; por eso, la práctica de "caminar" el barrio adversario es la única considerada por "los pibes" como verdadera invasión del territorio ajeno. Las prácticas violentas se vinculan con los principios de territorialidad cuando los integrantes de la hinchada defienden "su" territorio de la invasión de los adversarios o se encuentran con una hinchada rival que defiende "su" campo de la invasión de "los pibes".

El barrio donde se ubica el estadio, también sus alrededores, es propiedad de la hinchada. Eso incluye diversas representaciones

sobre el espacio propio y el ajeno. Los hinchas de Colegiales que viven en Munro, por ejemplo, consideran a su barrio como un espacio habitado por sectores populares, distinto al espacio de los hinchas de Defensores y Excursionistas, ambos de Belgrano, que para ellos está habitado por sectores económicamente acomodados, es decir, "chetos". La identidad barrial permite formar identidades sociales de clase. Por intermedio del modelo binario nosotros-ellos, un lugar y sus habitantes se distinguen claramente de sus adversarios. Para los hinchas de Colegiales, también, Munro es o sería un espacio marginal comparado con Belgrano.

Belgrano es el barrio más cheto que hay.
Excursio y Defensores, qué risa me dan.
Unos dicen "qué villeros son",
y los otros se la dan de stone,
yo soy del bajo Munro,
qué loco que estoy.

Este cántico define al barrio adversario como económicamente pudiente en comparación con el territorio propio. Para los miembros de la hinchada, la distinción está relacionada con el aguante de los diferentes grupos; para los hinchas "los chetos no tienen aguante". En el mismo movimiento, entonces, la hinchada habla de sí misma y del adversario. Las caminatas y los recorridos son formas de apropiación. Y no solo de las hinchadas. Caminar por un barrio y establecer circuitos cotidianos significan de algún modo hacerlo propio. Estas incursiones en campo adversario son formas de demostrar superioridad. La superioridad del invasor está dada por el hecho de que la propiedad del barrio se basa en el uso. De esta ma-

CAMINAR

nera, si el "otro" ha usado el barrio, entonces se ha apropiado de él. Como observó Garriga Zucal, las hinchadas planifican la forma de llegar a los estadios contrarios de la manera que más le duele al adversario, profanando el territorio ajeno y "caminándole" el barrio. Esta acción de los hinchas es especialmente llevada a cabo cuando se enfrentan a los clásicos rivales, por ejemplo, cuando Colegiales enfrenta a Defensores de Belgrano o Excursionistas.

Los integrantes de la banda —afirmó Garriga Zucal— llegan hasta los estadios de sus tradicionales contrincantes caminando, luego de tomar el tren desde Munro hasta la estación más cercana a los clubes, recorriendo trechos medianamente largos desde la estación hasta los respectivos estadios. Aunque la hinchada tiene la posibilidad de realizar el viaje por medio de micros rentados por políticos locales o dirigentes del club, los hinchas prefieren hacer las "visitas" desplazándose en largos tramos a pie. La apropiación del barrio por parte de los hinchas está dada en caminar por sus calles, comprar en almacenes y quioscos zonales, escribir en las paredes, etcétera. La utilización de aerosoles permite insultar al adversario en el lugar donde ellos habitan, rompiendo la delimitación del territorio ajeno. Ellos hacen alarde de este accionar. Cuando llegan al estadio esgrimen un cancionero en el que se burlan del adversario por haber profanado el espacio propio. Cuando Colegiales visitó a Excursionistas, los miembros de la hinchada realizaron el viaje en el Ferrocarril Belgrano y caminaron desde la estación de trenes (Scalabrini Ortiz) hasta el estadio. Cuando ingresaron entonaron una canción que hacía referencia a este acto: "Che, Excursio/ yo te quiero demostrar/ que caminando también se puede llegar".

De la misma forma, cuando los hinchas hacen viajes a distancias mayores en micros rentados, suelen parar la marcha a pocas

cuadras de los estadios y llegan caminando. Cuando las hinchadas adversarias ingresan a un estadio en colectivos alquilados, los hinchas suelen cantar: "Borombombom, viniste en micro/ sos un cagón". Esto se produce en un contexto donde el barrio aparece cargado de significaciones nuevas aunque sean viejas. Las historias de identificaciones con los territorios pequeños son muy antiguas. Irrumpen, justamente, con su nacimiento, tanto en Buenos Aires como en cualquier ciudad mediana. El barrio fue históricamente el primer socializador. Se iba a la escuela del barrio, se participaba en la sociedad de fomento, y naturalmente se iba al club y se era hincha. Se podía morir en el barrio, claro. Pero había un momento vital en el que esa identidad primaria cedía espacio a otras como el trabajo, el estudio, el casamiento, la paternidad.

Paradójicamente, en un contexto de globalización/mundialización, donde se puede ser hincha del Real Madrid con el único requisito de tener cable, el barrio ha vuelto a cargarse de sentidos esencialistas. Es el refugio de lo puro. Es el continente por excelencia. Mucho más que la nación, difusa, ancha y ajena. No hay como el rock barrial; el club zonal es la vida. El barrio es el territorio propio, aquel que debe ser, por eso mismo, defendido con más radicalidad.

El tema está profundamente relacionado con el aguante porque las prácticas violentas encuentran justificativo en las competencias territoriales. Sin embargo, estas competencias espaciales son, en esencia, competencias entre hinchadas. Las luchas territoriales muchas veces llevan a acciones que tienen como único fin probar el aguante de los hinchas. El territorio es solo un pretexto para estimular la lucha entre las hinchadas. Es un esfuerzo tendiente a mostrarse superior a los rivales. Es, en definitiva, jugar

a ver quién tiene más aguante. Esto se traduce en una serie de mensajes destinados a elaborar un ranking: los cánticos que relatan las hazañas anteriores, la exhibición de trofeos —trapos robados— y, claro, el enfrentamiento. Pero con un agregado: los hinchas saben que el combate va a ser transformado en noticia, y, de esa manera, puesto en conocimiento del resto de las hinchadas.

Para garantizar eso existe un combate que supera a todos los demás: enfrentar a la policía. Esto no resulta difícil. La policía participa alegremente en este intercambio. Veamos, por ejemplo, y a modo de ilustración, un testimonio relacionado. "Todo hincha odia a la policía —dice Valeria—. Porque la policía vive provocando al hincha. La policía lo busca al hincha. Lo vive buscando permanentemente para que salte y justificar el hecho de pegarle un palazo. Lo busca constantemente con los caballos sin importar si hay mujeres o niños. No le importa nada más que provocar al hincha para justificar los palazos que vienen después." O este otro maravilloso. "La única diferencia que hay entre la policía y la hinchada —dice Marcelo— es que unos tienen armas y otros no. Son lo mismo. Les gusta hacer lo mismo. A los dos les gusta pegar. Hablo de la barra, no de la gente. A la policía le divierte esa cosa de pegar. Son los mismos que los de la barra pero con uniforme diferente."

Marcelo nos devuelve al mundo de las clasificaciones: la barra aparece opuesta a la gente. Pero la policía también queda excluida de esa humanidad y se coloca del otro lado. Porque la policía no ejerce una violencia legítima, sino que actúa fuera de toda racionalidad social. No es un aparato del Estado, sino otro grupo de hinchas, solo que, legalmente, armado. Para retorcer más nuestra argumentación: la policía también se percibe a sí misma como un grupo de hinchas que disputa entre iguales, solo que abusando

do de su posición de poder e impunidad. Un testimonio de Mari, una estudiante universitaria hinchada de San Lorenzo, se relaciona con lo que aquí se está diciendo. "Estaba colgando las banderas y un cana me obligó a que las bajara —cuenta—. Yo le pregunté por qué a los de Boca o a los de River los dejan y a mí no. ¿No somos todos iguales? Se la agarran con nosotros porque somos chicos normales, nos ven la cara y nos prohíben colgar las banderas. El cana me contestó: 'A mí me encanta cuando vienen los de Boca, porque ellos se la bancan y entonces nos podemos pelear y les podemos pegar'".

Esta conducta es visible también en las actitudes corporales. La policía no reprime, sino que pelea, actúa en banda, se descontrola, va con el cuerpo hacia delante porque tampoco puede correr, so pena de ser acusada de falta de "aguante". Puede pensarse incluso que a la policía solo le falta cantar y llevar un trapo en las manos...

INTERPRETACIÓN Y CONTEXTO

El relato de hinchadas que exceden a las barras, de espectadores virtualmente pacíficos que alientan el aguante del resto, de policías metidos a "pibes", de territorios apropiados y cuerpos atravesados por cicatrices del combate ayuda a entender algunos temas fundamentales tratados en este libro. El problema de la violencia en el fútbol excede la simplificación de los inadaptados, los delincuentes, "los pibes que están de la cabeza" y demás generalizaciones al uso en torno a las barras bravas. Se trata de toda una cultura organizada para darles sentido y legitimidad a las prácticas

violentas. Es una cultura que responde a contextos más amplios, a los que debo aludir para completar una interpretación adecuada.

Voy a retomar algunas ideas que publiqué en un libro anterior, *Fútbol y patria*, respecto a las identidades futbolísticas y sus contextos culturales. El fútbol argentino no es hoy un espacio popular, en tanto implica transversalmente, estadística y simbólicamente, a todas las clases sociales, si bien con un leve predominio de los sectores medios y medio-bajos. En los últimos quince años el panorama fue transformándose agudamente. La cultura futbolística es hoy fundamentalmente televisiva. Practica una expansión simbólica y material. Simbólica en su captación infinita de públicos, en su construcción de un país *futbolizado* sin límites. Es material por el crecimiento de su facturación —directa o indirecta, mediática o de *merchandising*— y por el aumento de los capitales involucrados, desde la compra-venta de jugadores hasta las inversiones publicitarias y televisivas.

Los cambios de clase en el fútbol implican también a los jugadores. La desaparición de las épicas del ascenso social que tuvieron su pico más alto con Maradona es un buen indicio al respecto. Asimismo, es significativo que durante la "edad moderna" del fútbol argentino, los jugadores que provenían de estratos sociales medio-altos aparecían como excepciones (el caso de Diego Latorre, ex jugador de Boca, Racing y tantos otros en los 80, descubierto como futbolista en un country, fue la última). Por el contrario, hoy, el origen social medio-alto es incorporado como normal, mientras que la humildad de la familia de Riquelme o Tevez es sistemáticamente destacada. La excepcionalidad parece haberse invertido. Porque, además, las escuelas de fútbol se transforman en aspiradoras de futuros talentos,

donde padres de clase media incitan a sus niños a *matar a los contrarios*. Y estos últimos ya no son adversarios, sino competidores en la lucha por un contrato infantil con el Milan... que salve definitivamente a papá y a toda la familia, incluido el tío Abel, que hace de representante...

A estos cambios se suma el constante intercambio de jugadores, desde los equipos chicos a los llamados grandes, y desde estos hacia el fútbol europeo o los "nuevos mercados", especialmente México y Japón, pero también la vieja Europa Oriental o Turquía. La continuidad tradicional de un jugador en un mismo equipo durante un lapso prolongado de tiempo ha desaparecido (Bochini fue el último gran símbolo de esto); al poco tiempo de su aparición, fue vendido a un comprador que asegure beneficios para todas las partes... excepto para los hinchas. En la etapa clásica del fútbol argentino, los ejes fuertes de la identidad de un equipo eran los espacios (los estadios), los colores y sus jugadores-símbolo; hoy, por los cambios constantes en la *sponsorización* de las camisetas, que alteran sus diseños, y por los flujos incesantes de las ventas de jugadores, el establecimiento de lazos de identidad a partir de esos ejes está debilitado. Los jugadores, asimismo, están atravesados por la lógica del espectáculo. Son nuevos miembros del *jet set* local, inundan las pantallas, los avisos publicitarios, se transforman incluso en símbolos eróticos. La relación del jugador con el hincha alcanza así su máxima distancia.

Consecuentemente, esto implica cambios en la cosmovisión de los hinchas. Las hinchadas se perciben a sí mismas como el único custodio de la identidad, como el único actor que no produce ganancias económicas pero produce ganancias simbólicas y pasionales. Frente a la maximización del beneficio monetario,

las hinchadas solo pueden proponer la defensa de su beneficio de pasiones y de su producción de sentimientos "puros".

La continuidad de los datos que garantizan la identidad de un equipo aparece depositada en los hinchas, los únicos fieles "a los colores", frente a jugadores "traidores", a dirigentes guiados por el interés económico personal, a empresarios televisivos ocupados en maximizar la ganancia, a periodistas corruptos involucrados en negocios de transferencias. Las hinchadas despliegan, en consecuencia, una autopercepción que agiganta sus obligaciones militantes. Ir a la cancha no es únicamente el cumplimiento de un rito semanal. Eso ocurre, por un lado, por la persistencia del mito, de la ilusión mágica. Todo hincha supone y sabe que ir a la cancha incide en el resultado. Por el otro, desea que esa identidad permanezca viva, que no muera en medio de los "negocios"; todo depende, exclusivamente, de ese incesante concurrir al estadio para afirmar la continuidad del pacto pasional.

De los hinchas —de cómo se imaginan a sí mismos— depende también una política de la identidad. La sociedad argentina, como todas las sociedades contemporáneas, ha sufrido una crisis aguda de las identidades, de las maneras cómo sus ciudadanos se imaginaban dentro de colectivos. Modernamente las opciones eran variadas e incluso podían superponerse. Uno/a era ciudadano/a, pero a la vez trabajador/a, joven, hombre/mujer, universitario/a, peronista —de izquierda—, gordo/a e hincha de Deportivo Riestra. Muchas veces todo eso junto. La crisis de los grandes relatos que caracteriza a la llamada posmodernidad puede leerse cotidianamente en lo difícil que resulta ser algo de toda la lista. Y es más difícil cuando el mundo del trabajo se dedica a expulsar, cuando ser joven es delito, cuando el género permite migraciones, cuando no se

puede ser universitario porque no alcanza el dinero o no vale la pena, cuando ser peronista implica un estallido de las significaciones o la traición menemista, cuando ser gordo es un estigma. Y lo que es peor: cuando la propia noción de ciudadanía ha entrado en crisis y las grandes tradiciones de inclusión ciudadana se convierten en duras políticas de exclusión social.

Entonces parece quedar una sola posibilidad. Es fácil. Requiere apenas una inversión de pasión, es cálida, permite tener una gran cantidad de compañeros que no preguntan de dónde viene uno. Uno puede ser hincha de Racing, Colegiales, Talleres de Perico o Desamparados de San Juan. El problema es doble. Por un lado, estas identidades no son ni pueden ser políticas, y entonces implican que el debate por la inclusión y la ciudadanía se diluye en esta ciudadanía menor, confortable y mentirosa ("no tendré nada pero soy de Boca", dice alguien). El otro, mucho más grave, es que estas identidades son a veces radicales. Existen solo frente a otra identidad que sirva de oposición, el adversario, al que se le debe ganar.

Y cuando la identidad futbolística queda tan sola, sin otra opción que ella misma para afirmarse como sujeto social, el adversario se transforma en enemigo porque su victoria implica la derrota propia. De allí surgen dos síntomas. Primero, el que describí más arriba, es decir, el aguante como ética. El segundo se resume en ese grito pavoroso que puebla los estadios argentinos, pero también las pantallas y las páginas: "No existís". Eso degenera naturalmente en un racismo explosivo.

No existís. El grito de guerra que acompaña al "aguante fulano" es otra de las marcas que podemos asentar en el "debe" de la última dictadura militar. Negar la existencia del otro, lejos del

contrato tolerante de una sociedad democrática, implica aceptar que el otro puede, simplemente, desaparecer, ser suprimido, o, lo que es peor, que debe ser suprimido. Esto, claro, se opone a un elemento básico de la cultura futbolística que exige un otro permanentemente. Cuando el equipo rival se va al descenso, los hinchas festejan pero también ansían su retorno; su presencia garantiza la propia identidad. Si Racing no existiera o desapareciera, como estuvo a punto de ocurrir, Independiente no tendría sentido... Pero además, que el "no existís" sea tan aceptado y practicado, sin ninguna crítica o autocrítica, habla de un contexto donde la muerte del otro es legítima. Si no existís, hacer que dejes de ser no estaría tan mal.

Pero esta centralidad de la identidad futbolística es recuperada por los medios. La narración periodística del fútbol deja de ser un espectáculo deportivo enmarcado por una gran cantidad de público. Hoy los hinchas agigantan su protagonismo en el relato, en la televisación de sus carnavales o en la descripción de sus acciones. Las publicidades muestran constantemente situaciones donde ser hincha no es solo legítimo, sino la única posibilidad. Para colmo, está muy bien que así sea, aunque los hinchas puestos en escena sean miembros de una clase media que en otros tiempos reservaba el aguante a la vida privada, al tiempo de ocio. El fenómeno es contemporáneo a la aparición en otros países de las narrativas ficcionales o biográficas orientadas hacia los hinchas.

En Inglaterra, por ejemplo, aparece con la primera novela de Nick Hornby, *Fiebre en las gradas*, limitada a narrar las andanzas de Hornby como hincha del Arsenal. En el caso argentino, esto puede leerse como una nueva señal de una ausencia. La desaparición del héroe deportivo —Maradona, una vez más— y la imposi-

bilidad de su reemplazo. O su reemplazo falso por un héroe colectivo, descentrado, que se comporta como lo espera de él el guión del espectáculo y que además no cobra cachet. El problema, claro, es cuando no se porta como es debido. ¿Y cómo esperar mesura en su comportamiento cuando de ser hincha dependen tantas cosas? Se trata de una tarea ímproba, desbordada, insalubre. El futuro del club, de la patria y del fútbol... todo depende de ellos. Del aguante.

CAPÍTULO CUATRO

HINCHAS ESCRITOS Y TELEVISADOS

REPRESENTACIONES PASIONALES

Parte de las transformaciones sintetizadas en las páginas anteriores tienen que ver con las representaciones de los hinchas, es decir, no tanto con lo que son, sino con la manera en que son narrados y puestos en escena. No es un dato menor. Si dedico un capítulo a su análisis, es porque lo que hacen los hinchas y lo que se dice o muestra de sus actividades y comportamientos, a su vez, influyen nuevamente sobre lo hecho y lo por hacer. Los hinchas hacen cosas para ser vistos, por ejemplo, o reinterpretan o transforman sus comportamientos a partir del tratamiento que de ellos se hace en los medios. Y por su parte, estos abordajes intervienen en los relatos pequeños (la jactancia de un hincha que apareció en la tele aporreando a un policía) o en los grandes (las decisiones políticas